



Frente al edificio de la jefatura de la Policía Nacional, la muchedumbre comenta las últimas noticias y exterioriza su júbilo. Al lado, en el cuartel de bomberos, han desplegado una enorme bandera nacional. Ya la jefatura ha caído en manos del pueblo que se lanzó después carretera adelante en dirección al cuartel del ejército. Ya no se temía a los cañones ni a las ametralladoras. El pueblo tenía conciencia de su fuerza.

LA REVOLUCION EN MATANZAS

EN Matanzas no se combatió como en Santa Clara ni como en Oriente pero no debe olvidarse que fue allí donde, hace más de dos años, varios valientes ofrendaron sus vidas frente a las huestes de Pilar García en una mañana dominical. El asalto al Goicurúa fue una demostración de que en la Atenas de Cuba, el pueblo estaba contra el régimen y que sabía morir por la libertad.

Pero al aiborear el primero de enero, cuando la noticia fue, al inicio rumor y después cobró visos de certeza; cuando se supo de la huida del dictador, la gente se lanzó a la calle y corrió a tomar posiciones estratégicas. La Jefatura de Policía cayó pronto en poder del pueblo; después tomarían el cuartel.

Juan Salas Cañizares, inspector provincial de la policía, caía prisionero de la muchedumbre; más tarde el coronel Cantillo, jefe militar, era sustituido por un oficial retirado del ejército que finalmente dejaría paso al comandante del 26 de Julio, William Garvey.

La ciudad de los Dos Ríos viviría entonces horas de júbilo que se acrecentaría a la llegada de las tropas revolucionarias que, provenientes de Las Villas, marchaban hacia la Capital de la República.

¡Ya Matanzas era territorio liberado! Ya los matanceros podían codearse con sus hermanos de Las Villas, Camagüey y Oriente que habían disfrutado antes que ellos del aire de la libertad. Y dijeron adiós a las tropas vestidas de olivo, a los muchachos de largas melenas y barbas crecidas, que seguían hacia La Habana para que en las márgenes del Almendares, como en las lomas de San Juan y en las del Yumurí, se respirase el mismo aire y se viviesen los mismos momentos de felicidad.



Había que ejercer violencia sobre algo; la energía tenía que desahogarse, que encontrar algún cauce. Y se tomó el automóvil del jefe de la policía que quedó volcado sobre la amplia plaza, destruido por la ira popular. Mientras, su dueño, el odiado Salas Cañizares era conducido a prisión donde espera ser juzgado por la justicia revolucionaria.

Y se continuó rompiendo y destruyendo. Carteles de políticos que tomaron parte en la última farsa electoral y que ahora se escondían de las iras del pueblo eran destrozados por la muchedumbre. Y se buscaban telas rojas y negras para confeccionar con toda premura, banderas representativas del Movimiento del 26 de julio al que se debía la liberación.



Quando llegaron las fuerzas del Movimiento, el pueblo salió a recibirlas jubilosamente. Las mujeres eran las más expresivas en su alegría por la presencia en Matanzas de los bravos combatientes de la libertad. Y una joven no vacila en depositar un beso en las mejillas barbudas de uno de los soldados del Movimiento. El ósculo es saludo y bienvenida; es muestra de reconocimiento porque ella sabe que a hombres como ése debe la libertad.



En medio del júbilo popular hubo una manifestación de duelo con el sepelio de un hijo de Matanzas que cayera muerto en Manzanillo, ya lograda la liberación. Era el comandante rebelde, Horacio Rodríguez que, haciendo labor de patrulla en la ciudad del Guacanayabo, había sido muerto arteralmente por un sicario de Masferrer y se le iba a enterrar en la Atenas de Cuba.

El féretro está cubierto por una bandera cubana. Ya en la necrópolis de San Carlos, un sacerdote pronuncia una oración por el descanso eterno del que no tuvo tranquilidad en la tierra mientras no vió a su patria libre del tirano. Horacio Rodríguez, exilado en México, combatiente del Moncada, expedicionario del "Gramma", libertador de Cuba, volvía al seno de la madre tierra que le acogía como a uno de sus hijos más valientes.



Llega el momento de despedir el duelo, el de decir las palabras de adiós al compañero desaparecido. Y es William Garvey, comandante del Movimiento, jefe provincial de Matanzas quien hace el recuento de sus virtudes ciudadanas y de sus hazañas guerreras mientras un hijo del extinto no puede contener las lágrimas. El que tanto luchara por la libertad no había podido gozar plenamente de ella pero la legaba a sus hijos como una gran fortuna.